

¡Oh valle! Muchas veces dejé yo en tus praderas,
como agua que murmura, correr mi fantasía;
jamás olvidaré tus horas placenteras
y será tu recuerdo, que guarda el alma mía,
cual renovadas notas de auroras lisonjeras.

1823.

ODA UNDÉCIMA

PAISAJE

¡Hoc erat in votis!

HORACIO.

Siendo niño, la Musa me decía:

—«Ven á mirar el genio
sobre mi altar sentado.

Nada hay que yo te niegue en mis tesoros,
aún que quieran tus ansias inmortales
el clarín fiero ó la zampoña humilde.

»Rehuye, sí, la impura turbulencia
de un mundo limitado
do los ingratos suben,
donde los malos reinan.
Cuando un alma se lanza
desde un laúd vibrante,

es preciso que oyéndole en silencio
le devuelvan los ecos sus acordes.

»Escoge algún desierto
para esconder en él tu vida humilde.
Lleva tu antorcha á una sagrada sombra.
¡Dichoso aquel que, lejos de los pasos
de una turba sin fe y esclavizada,
apartando sus himnos
del clamor de la envidia,
su gloria eterna á su sepulcro legal!

»El horizonte inmenso de tu alma
todavía es más alto que la tierra.
Busca á tu pensamiento
un mundo armonioso
en donde todo hechice, todo exalte
tu corazón austero,
donde el reflejo santo,
que no altera jamás ninguna sombra,
puedan seguir tus ojos.

»Sea tu reino un sombreado valle
donde entre el agabanzo,
el sauce ó la espadaña
creas mirar, cual un fantasma errante,
los mágicos palacios relucientes
que surgen de las chozas
en los hermosos cuentos del abuelo.

»Que una torre arruinada
cuelgue en el flanco de una erguida sierra
y dé su sombra triste
de un lago azul á las tranquilas ondas;
que el fuego de un pastor cuando anochece
de la campiña en el obscuro fondo,

como un amigo cuya fiel mirada
nos sigue desde lejos,
rasgue el negro crepúsculo.

»Cuando triste, guiando sobre el lago
dos remos vagabundos,
dentro de aquel espejo
sus cuadros variables
te enseñe el firmamento, que una nube,
sus ondas vaporosas desplegando,
muestre á tus ojos fijos en las aguas
unas ondas jugando con las otras.

»Que á veces, visitando
una isla solitaria
y sombreadas orillas
de movibles follajes,
puedas, saboreando tu destierro
tranquilo y solitario,
en silencio espiar si en el ruido
de las aguas corrientes
y los vientos variables
se encierra algún misterio.

»Que á tu gozoso despertar alegre,
los cantos de las madres,
infancia, vida y hora
te anuncien. Que muy cerca
de tus flores efímeras,
como el amor y la esperanza pasan
entre cuidados dulces
y adorables quimeras,
un manso riachuelo se deslice.

»Que en la comarca haya un fiel recuerdo
de algún señor de orgullo desprovisto,

de la pobreza amigo y de ella amado;
que todos los ancianos, al citarle
como modelo, digan:
—¡No le habéis conocido, fatalmente!

»Mi culto sobre todo te reclama
lejos del mundo. Sé el profeta ardiente
que vió el cielo entreabierto y cuyo ojo
en el seno estrellado de la noche
brillaba como un fuego incombustible,
y con el alma llena
del Espíritu Santo
marchaba predicando en el desierto.»

Así hablabas, ¡oh Musa!
Y la ciudad ruidosa, sin embargo,
en torno mío mezcla sus mil voces,
y no huyo de la esfera giratoria
do la suerte agitando
las ciegas multitudes
mueve á la vez destinos tan diversos.

Es que, para llevarme al feliz término
á que todos aspiran,
me ha venido del cielo
un guía de risueña y bella frente;
ahora para mí el aire más puro
es el aire sutil que ella respira;
yo veo, Musa, todas mis venturas
en su sonrisa dulce
y están todos mis sueños en sus ojos.

ODA UNDÉCIMA

A TI OTRA VEZ

Ahora y siempre.

Divisa de los Pomfret.

¡Siempre á ti, vida mía!
 Dí, mi lira, sin ti, ¿qué cantaría?
 ¡A ti el himno de amor y de himeneo!
 ¿Qué otro nombre podría
 despertar mi delirio y mi deseo
 con tan dulces encantos?
 ¿Sé otro camino ni aprendí otros cantos?

Tú eres quien con tus ojos luminosos
 viertes luz en mi noche tan sombría,
 tú cuya imagen de invencible arcano
 ilumina mis sueños deleitosos,
 eres tú quien me guía
 y en la sombra me lleva de la mano,
 y por tus ojos, en mi eterno anhelo,
 llega hasta mí la pura luz del cielo.

Por tu oración mi suerte está guardada,
 ella junto á mí vela enternecida
 cuando mi ángel custodio se adormece,
 y cuando oye mi alma arrebatada
 tu voz digna, modesta y tan querida,

en su valor se crece
 desafiando á la suerte
 en el fiero combate de la vida
 que termina tan sólo con la muerte.

¿No hay en el cielo voz que te reclame
 ni nadie que te llame
 á su gloriosa calma?
 ¿En nuestros campos no eres flor extraña?
 ¿Otra hay cual tú en el valle ó la montaña?
 Hermana de las vírgenes del cielo,
 tu alma es á mi alma
 puro reflejo de sus fuegos santos,
 el puro espejo de mi propio anhelo
 y el eco de mis cantos.

Cuando en tus ojos negros me contemplo,
 cuando roza conmigo tu vestido,
 con ligero ruido
 creo tocar el velo de algún templo
 y un ángel pienso, cual pensó Tobías,
 la obscuridad alumbra de mis días.

Al ahuyentar de mi dolor la nube,
 comprendí que tu suerte
 debía ser la mía hasta la muerte,
 bajar con ella ó ascender si sube,
 como el santo pastor que, fatigado
 de un viaje acabado felizmente,
 vió á una virgen con paso reposado
 venir tranquila hacia la santa fuente.

Como á un ser superior te amo en mi vida,
 como á una abuela anciana
 de previsor consejo;
 te amo como á una hermana

á mis males y penas sometida,
como al hijo postrer de un padre viejo.

¡Ay! Te amo tanto que á tu nombre lloro,
porque la vida está de males llena,
y en vano los deploro
pues se pierde mi queja.
En este valle de dolor y pena
tú no tienes morada,
y el árbol cuya sombra deseada
quiero que me proteja
esparrama su copa deshojada.

¡Dios mío! ¡Rodeadla de alegría!
¡Señor! ¡Son vuestros, no turbéis sus días!
Vos debéis bendecirla, pues su alma
á la virtud implora
el mágico secreto de la dicha
y el talismán divino de la calma
porque en secreto llora.

1823.

ODA DÉCIMATERCERA

SU NOMBRE

Nomen, aut numen.

Del lirio puro y abierto
el aroma embriagador;

el resplandor de una aureola;
del día la última voz;
la queja de un buen amigo
consolando su aflicción;
de la hora que se aleja
el tan misterioso adiós;
el armonioso ruido
de un dulce beso de amor;
la banda de siete luces
que de la tormenta en pos,
como trofeo, en las nubes,
la tempestad deja al sol;
el acento inesperado
de una conocida voz;
el deseo de una virgen
más secreto y seductor;
el primer sueño de un niño
de encantadora visión;
de un dulce coro lejano
el cántico arrobador;
el suspiro que á la aurora
daba el bronce de Memnón;
el murmullo de un sonido
que la brisa evaporó;
cuanto en nuestro pensamiento
buscó la imaginación...
no es tan dulce, ¡oh lira mial,
cual su nombre bienhechor.

Pronúncialo por lo bajo,
casi como una oración,
que resuene á un mismo tiempo
en nuestros cantos de amor.
Que sea la luz secreta
del templo do obscureció.
Sea el acento sagrado

que en el santuario de Dios
siempre, con tono piadoso,
repite la misma voz.
Y antes que con voz ardiente,
—¡amigos del corazón!—
su vuelo alzando la Musa
que su aliento me infundió,
se atreva á mezclar los nombres
profanos y sin valor
que en esta mísera tierra
el orgullo proclamó,
con el casto y puro nombre
que escondió en mi corazón,
como celestial tesoro,
el aliento del amor...;
de mis cánticos más fieles
es preciso que la voz
sean como aquellos himnos
que se cantan sólo á Dios;
es preciso que los aires,
palpitando de emoción,
á sus solemnes acentos
vibren con sordo rumor
cual si su ala invisible,
batiendo con dulce son,
pasara junto á nosotros
un ángel deslumbrador.

1823.

ODA DÉCIMACUARTA

ACCIÓN DE GRACIAS

Los que habrán sembrado en las
lágrimas, recolectarán en el júbilo.

SALMO CXXV, 5.

Vos habéis empujado
hacia el puerto mi vela siempre errante;
mi tronco ha vuelto á florecer de savia
y de verdor. ¡Dios mío! ¡Yo os bendigo!
De mi lámpara triste y moribunda
el esplendor reanima vuestro soplo.

Por la fiera tormenta sorprendido
cual aguilucho débil y sin alas
que cae de una encina de cien años
al pie de un arbolillo, niño débil,
seguí de la desgracia la ley triste
y me asaltó la tempestad furiosa
en mi cuna bogando todavía.

Mi vida comenzó desde mi infancia,
á pesar de que el cielo no fulmina
su ira contra las flores, y no deja
que un indefenso ser, á sus primeros
y sonrientes días, la amargura
del llanto y el dolor mezcle inocente.

La juventud riendo, sus engaños,
su porvenir de gloria, amor y orgullo
me trajo; pero cuando perseguía
mi ardiente corazón sueños tan bellos,
¡ay!, desperté en la sombra de una tumba.

Entonces me alejé de mis hermanos,
de ellos me desterré; pero tranquilo,
pues mi dolor no era el remordimiento...
Acompañé de lejos, en mi pena,
mis pompas funerales,
el himno de los huérfanos
por los muertos con gusto es atendido.

Con la vista en el cielo caminaba
hacia el abismo; á veces, desafiando
la afrentosa injusticia de mi suerte,
de mis ideas en lo más recóndito,
como el agua surgieron mis cantares
y descendió sobre mi frente pura
una lengua de fuego.

El delirio beático de Pathmos
conoció bien mi espíritu,
y conoció el espanto que le sigue
y el espanto feroz que le precede;
mi alma estaba triste, y los cantares
que salían confusos de mi lira,
eran como las voces plañideras
que lloran en la noche.

Yo vi sin murmurar cual se alejaba
mi alegría; ¡Señor, me condenabais
al abandono! Yo intenté sin queja
la triple vía en el desierto eterno
y nunca el día en que nació maldije.

Ved la verdad que yo revelo al mundo:
en mi nada del cielo me he acordado...
¡Alabad al Señor! La oveja acude
á la voz del cordero que la llama;
yo llamaba al Señor, y el Señor vino.

Él me dijo: —Hijo mío,
ve, mi ley no es pesada...
Tú que en la misma noche me seguiste,
ceñirás el vestido deslumbrante
de los dichosos; lavarás tus manos
entre los inocentes.

¡Gloria! ¡Reflejo de la eterna antorcha,
resplandeciente y pura luz del genio
ó fulgor emanado de una tumba!...
Yo no quiero ofrecerte más mi vida
obscura desde lejos como antes.

Sobre mi corazón hoy pliega un ángel
sus alas purpurinas; á la gloria
no le es extraño un huérfano; son bellas
las horas de mis días á su lado,
porque es dulce su yugo
y ligera su carga.

Vos habéis empujado
hacia el puerto mi vela siempre errante;
mi tronco ha vuelto á florecer de savia
y de verdor. ¡Dios mío! ¡Yo os bendigo!
¡De mi lámpara triste y moribunda
el esplendor reanima vuestro soplo!

Agosto, 1823.

ODA DÉCIMAQUINTA

A MIS AMIGOS

¡Oh! ¡Cuán dichoso
 es el que solitario no mendiga
 favor ni apoyo al necio populacho,
 el que se ha retirado de la corte
 y del mundo inconstante, y apacible;
 sin tomar parte en los asuntos públicos,
 sin sujetarse
 de un señor ignorante á los tiránicos
 placeres, y viviendo para él solo,
 es su rey, su señor, su corte él mismo!

JUAN DE LA TAILLE.

Sin subir en el carro de victoria
 muere el poeta creador, su siglo
 está muy cerca de él para que pueda
 medir su altura. Es como Belisario
 cuando en el capitolio; rauda acude
 ciega la multitud hacia algún ídolo,
 mientras tira al pasar una limosna
 al triunfador que allí mendiga triste.

En mi dulce retiro, amigos míos,
 yo digo adiós á todos vuestros males.
 Allá mi vida es cómoda y secreta
 y para cada Dios un altar tengo.
 El mirto que entrelazo á los laureles
 crece bajo la sombra de la encina;

yo pongo allí á Mecenas con Horacio
 y al gran Corneille sin Richelieu le pongo.

En la sombra descende allí mi musa,
 con la mirada abierta, cara ingenua,
 imagen vaga, mas resplandeciente,
 de ángeles que los hombres desconocen,
 su resplandor va en busca del misterio,
 su ala corta que bate solitaria
 jamás permite que sus pies desnudos,
 albos como el candor, rocen la tierra.

Allí yo escondo un próspero himeneo,
 y encima de mi umbral hospitalario
 tú te sientas á veces, padre mío.
 Al modo de un antiguo caballero
 tu humilde imperio es toda mi familia,
 y mi hijo sonriéndote se duerme
 á los acordes de mi lira joven,
 mecido encima de tu viejo escudo.

Agosto, 1823.

ODA DÉCIMASEXTA

A LA MEMORIA DE UN NIÑO

Qui es in caelis.

Entre los soles lucientes,
 las esferas y los astros
 y los pórticos azules
 y zafíricos palacios,
 entre las nubes de grana,
 entre los célicos rayos,
 entre los sagrados velos
 que agita un céfiro manso,
 en el torrente de amor
 do el alma cae en desmayo,
 donde se abreva de fuego
 el serafín inflamado,
 en el orbe llameante
 que sin cesar va girando
 cerca del trono de oro
 que cubre el celeste manto...
 En los infinitos juegos
 de los infantiles santos,
 cuando con largos esfuerzos
 y con argentinos cánticos,
 de un astro viejo y decrepito
 por los cielos extraviado
 guían los inmensos ejes
 con tambaleante paso...

Cuando alguna santa virgen,
 tomándolos en sus brazos,
 en su candorosa frente
 les imprime un beso casto
 preguntando si el aspecto
 de la vida que han dejado
 desde su tranquila cuna
 les causaba mucho espanto...
 O en su arca esplendorosa
 de cielo en cielo vagando
 con deslumbrante cortejo
 en círculos dilatados,
 Jesús, cumpliendo lo dicho
 y así su amor demostrando,
 más cerca de sí los ponga
 en su reino ilimitado...
 ¡Ay! En ese mundo augusto
 en donde todo son cantos,
 en esos mares de dicha
 que la hiel nunca ha turbado...
 ¡Oh niño! Sin la sonrisa
 de tu madre, y sin su llanto,
 ¿no eres huérfano en el cielo
 y no añoras su regazo?

Octubre, 1823.

ODA DÉCIMASÉPTIMA

A UNA JOVEN

¿Por qué te quejas, tierna niña?
¿No pertenecen tus días á la pri-
mera juventud?

Daïno lithuano.

*

De la penosa vida en los albores
tú no sabes la infancia lo que es bella;
niña, no ansíes nunca salir de ella
y llegar á esta edad de los dolores
en que es el alma sucesivamente
ó rebelde ó sumisa,
en que tan tristemente
á menudo es la risa
más amarga quizá que el mismo llanto.

*

Tu edad despreocupada
es tan dulce que pronto se la olvida.
Se pierde en nuestra vida
cual se deshace brisa perfumada

ó alegre voz que huye debilitada,
se pierde como alción sobre los mares.

*

¡Oh! No te precipites madurando
tus bellos pensamientos,
goza de estas mañanas perfumadas
y de la primavera ve gozando;
tus horas, tus momentos
son flores enlazadas;
¡no quieras deshojarlas tan deprisa!

*

Deja pasar los años.
Te guarda la fortuna,
como á nosotros, penas, desengaños,
males sin fin, sin esperanza alguna,
pues el orgullo propio nos la niega,
y te reserva en su carrera ciega
aquellos goces viles que dan lástima.

*

Sonríe, sin embargo, en tu inocencia
y el gran poder ignora de la suerte...;
no veles, no, tu frente luminosa
ni tus ojos, espejo de clemencia,
por cuya luz el alma puedo verte
y en cuya placidez dulce y radiosa
los cielos se reflejan.

Febrero, 1825.

ODA DÉCIMOCTAVA

A LAS RUINAS DE MONTFORT-L'AMAURY

¿Veis crecer la torre
del antiguo claustro,
y el gran muro negro
de aquel real manso?

ALFREDO DE VIGNY.

I

¡Oh ruinas! ¡Cuánto os quiero,
pero sobre todo cuando
el otoño en vuestros ecos
prolonga su triste canto!
A vuestro ruinoso abrigo
de esplendoroso pasado,
en los antiguos torreones,
uno frente á otro oscilando
que sobre la alta colina
y de lejos contemplándolos
parecen negros gigantes
á la lucha preparados,
quisiera tener mi asilo
escondido y olvidado.
Cuando tronchando las hierbas
á mi distraído paso
hasta vosotros asciendo
arrogantes y gallardos,

vuestras almenas erguidas
contemplo por largo rato
y vuestra octógona torre
con sus ladrillos tostados,
y á mi vista vuestras brechas
ensanchadas contemplando,
donde en los pasados tiempos
perecían los soldados,
alegres y jubilosos
veo á los niños jugando.
Apartad de vuestros muros
á ignorantes y malvados
á quienes vuestra caída
causa un gozo inusitado...
Dejad que el poeta solo,
con su respetuoso paso,
conduzca hasta allí su musa
y os despierte con sus cantos,
que al menos vierte una lágrima
pensando en vuestro pasado;
y si el aire de las noches
muge bajo vuestros arcos,
cree que una leve sombra
en su camino ha rozado
con la armadura de Amaury,
conde de Montfort preclaro.

II

Allí me siento á menudo
fiel á los días pasados
sobre el despojo que un día
fuera un torreón gallardo;
medito por largo tiempo
mi alma reconcentrando,

y la ciudad silenciosa
 veo extenderse allá bajo
 tomando forma de espada
 que en cruz extiende los brazos
 cual el hierro de un guerrero
 en la llanura olvidado.
 Al pie del antiguo asilo,
 contemplo con mirar vago
 los bosques, según la hora,
 sombríos ó iluminados
 cercando el gótico templo
 que se va desmoronando,
 y ondular el suelo inmóvil
 veo en el fúnebre campo
 donde nos llama la muerte
 con acento triste y vago
 bajo la arcada de piedra
 ó ante un monumento santo.
 Muchas veces, de los muros
 me encaramo á lo más alto,
 ojivas, columnas rotas
 y altas almenas hollando,
 á las desiguales piedras
 como la hiedra aferrado.
 Allí al silbido del viento
 mezclo mis débiles cantos,
 y en los elevados cielos,
 donde todo se ve enano,
 siguiendo sus alas grises,
 su vuelo raudo mirando,
 me gusta lanzar mi acento
 hasta el águila en espanto.
 Allí algunas veces oigo
 el laúd severo y grato
 de un amigo que devuelve
 un trovador al pasado...

Allí hablamos de los cielos
 y de los héroes hablamos
 y de las almas en luto
 que huérfanas han quedado...
 Y el viento, que en las ruinas
 se estrella contra los ángulos,
 gime rizando á su impulso
 los altos álamos blancos.

Octubre, 1825.

ODA DÉCIMANOVENA

EL VIAJE

Yo quiero que mi ausencia te parezca
 muy larga. Que me ames noche y día.
 —¡Ay, de noche y de día! ¡Me torturo!—
 Vive sola y ausente en medio de ellos.
 Duerme pensando en mí, junto á ti sueñame
 y no hagas más que verme á todas horas,
 y sé toda conmigo.

ANDRÉS CHÉNIER.

I

Hace oír el caballo
 trotando sus arneses,
 y las chispas que arranca de las piedras
 mueren bajo las ruedas.

¡Es preciso partir!... ¡Adiós! Arroja
de tu alma inquieta este dolor amargo...

¡Adiós! ¡Seamos fuertes!

¿Mas qué?... Muévase el coche
y me lleva y te deja...

¡Ay! ¡Creí que el carruaje te olvidaba!

¡Oh! Con atento oído
síguele mucho tiempo.

¡Oh! No te vayas sin escuchar antes
como se desvanece

el ruido que hacen los caballos...

El espacio á uno de otro nos separa;

ya no veo de lejos

en el aire flotar tu blanco traje...

Ya no oyes tú tampoco

rodar el coche que veloz se aleja...

¡Ni el más leve ruido!

¡Ni siquiera una sombra!

Ya ha extendido la ausencia
sobre mi alma su sombrío manto.

Todo está terminado,

y cada nuevo paso me sumerge
aún más en su añoranza.

Heme por fin en vida descendido

á este horroroso infierno

de dolores amargos,

de angustias, de quimeras

y de tormentos locos é insensatos.

II

¿Y qué voy á hacer ahora
de todos los pensamientos

de mi frente, que dormía

recostándose en tu seno,

y de todo lo que oigo

y de todo lo que veo?

¿Qué voy á hacer de mis males
sin ti de amargura llenos?

¿Qué voy á hacer de mis ojos

que en tus miradas de fuego

la única luz encontraban

y ahora sin ti son ciegos?

¿Qué voy á hacer de mi voz

que sólo vibra á tu acento?...

Y mis ojos distraídos

el espacio recorriendo,

por la tristeza velados

siguen en su movimiento

los árboles del camino

que surgen y pasan luego,

los bosques verdes y altivos

que van girando á lo lejos,

la onda rizada de oro

que mecen los trigos nuevos,

y los montes, y la estrella

de la tarde reluciendo,

y los altos campanarios,

y los alejados pueblos

que en el horizonte cubre

la bruma con fino velo.

¿Qué importan los bosques verdes,

los montes, los trigos nuevos,

y el astro que se levanta

ó que se oculta en el cielo,

y los valles y los llanos

si á tu lado no los veo?

¿Qué me dan estos castillos

y qué estos feudales restos,

si la torre de homenaje
 en su obscuro pavimento
 sonando junto á mis pasos
 no oye tus pasos ligeros?
 Así, pues, hoy y mañana,
 ahora mismo, antes y luego,
 hacer y morir la aurora
 veré de tu lado lejos
 sin tus alegres sonrisas,
 sin tus miradas de fuego,
 sin verte andar á mi lado
 y sin escuchar tu acento,
 sin que tu mano sedosa,
 si acaso la frente yergo,
 sobre mis ojos se ponga
 en su dulce jugueteo.
 Es preciso, sin embargo,
 presa de tantos tormentos,
 en mis cartas de la noche
 fingirte que estoy contento;
 es preciso que te diga:
 —«¡Consuélate, que ya he vuelto
 á recobrar el reposo!»,
 cuando á cada instante temo
 que desconocidos males
 te asedien con sus tormentos
 y cuando como una espada
 se cierne cada momento
 sobre mi frente ardorosa
 que abrasan mis pensamientos.

III

Y tú ahora ¿qué haces?
 Junto al hogar sin duda

desplegado está el mapa y tu mirada
 recorre mi camino.
 Dices: —«¿Dónde estará? Que siempre encuentre
 y en todas partes mil cuidados tiernos,
 un corazón que le ame y que le aprecie,
 alguna santa y buena mesonera
 que tenga, cual yo misma,
 un ser querido bajo un cielo extraño.

»¡Qué deprisa se aleja! Estoy segura
 de que ha pasado ya por este pueblo,
 estas selvas espesas y este puente
 testigo de una hazaña renombrada;
 tal vez en este instante
 pase por estos valles, señalados
 con una cruz siniestra al caminante,
 donde el año pasado... ¡Oh no, Dios mío!
 ¡Con tal que esté más lejos!»

Y mi padre, enjugándote una lágrima,
 te invita sonriendo, afablemente,
 á que sonrías á tu tierna hija:
 —«Tranquilízate; pronto volveremos
 á verle todos. ¡Ríe! Está tranquilo;
 á estas horas contempla
 la tumba ó la morada de algún héroe
 y por ti reza ante un altar sagrado.

»Porque, tú bien lo sabes, hija mía,
 todavía le gustan
 las erguidas almenas, las portadas
 decoradas con arte primitivo,
 ó la ojiva venida del Oriente,
 entre los pueblos godos,
 y la flecha romana,
 afilando en las nubes

ocho ángulos de piedra
de esculpidas escamas...
¡Mil veces nos lo dijo á nuestro lado!»

IV

Poco después, distraendo
tu dolor, el veterano
te cuenta su vida errante
y sus valerosos rasgos
y algún combate glorioso
junto al Tesino ó el Tajo,
y asombrándote te habla
del emperador osado
maravilla de su siglo,
su voz severa bajando
por no despertar al hijo
que se duerme en tu regazo.

1825.

ODA VIGÉSIMA

PASEO

... Ve los sitios
caros á mis ensueños, ve los prados
cuyas flores canté...

AMABLE TASTU.—*La lira extraviada.*

Ciñe el velo de gasa
de púdicos colores
do tu fecunda aguja
sembró tantos primores. Ven, mi vida,
á respirar bajo los altos plátanos;
cúbrete de tisú, rico tesoro
de Cachemira, que quizá ha escondido
el puñal de un emir, de hoja acerada,
ó el tembloroso seno
de una sultana por los celos muerta.

Al vivo resplandor del sol poniente
mira los pueblecitos como humean.
El vapor sube y pasa
igual que nuestros males,
nombre, ambición y gloria.
De una esperanza loca cual juguetes
todos brillamos sucesivamente,
así este último rayo,
así este último viento de la tarde
dora y mece en sus alas
una nube de humo.

Cuando en el horizonte muere el día,
 ¡qué dulce es para mí, cerca de un pecho
 que para mi destino late ansioso,
 extraviar mis pasos en el campo!
 ¡Qué dulce es para mí, de enojos libre,
 vagar cerca de ti solemnemente,
 cuando tú mezclas, muda y pensativa,
 á la brisa que alienta cada noche
 el aroma exquisito de tu aliento!

Yo he sufrido y luchado tanto tiempo
 para una dicha así; desde mi infancia
 la veía en mis sueños anhelosos.
 En nuestros tiempos de civiles luchas
 yo te debo una paz que nada puede
 turbar. ¡No hay más vacío ya en mis días!
 Tú, para mí, sabes poblar y llenas
 la ciudad toda y todos los desiertos.

A su vez, cada estrella
 viene á lucir en este inmenso cielo.
 Así en un gran festín, embalsamada
 de ambrosía y de miel la estancia rica,
 sobre los terciopelos y damascos
 van, los más presurosos
 de los nobles y alegres comensales,
 sentándose á la mesa
 antes de ser la hora.

¡Mira!—¡Es un meteorol!

¡Ay! ¡Estalla y se extingue!...

De este modo también más de un grande hombre,
 atacado quizás de un mal secreto,
 luce y baja á la tumba.

Le ignora el necio y sigue el torbellino;
 al gañán encorvado sobre el surco,

¿qué le importa la estrella que se eclipsa?

Tú, que con noble llanto
 lloras por las desdichas
 de toda alma sublime;
 tú, que sabes gemir con el poeta,
 que á las víctimas santas compadeces
 y aún más á sus verdugos;
 tú, que á menudo estática visitas
 la tumba de los héroes y los mártires
 silenciosa y no muda...
 ¡Tú, tú no eres así, mi amiga bella!...

Si algún castillo antiguo
 ante tus pasos vagos,
 sobre las negras selvas,
 lejos de las ciudades importunas,
 alza la obscura mole
 de la torre feudal del homenaje,
 te detienes de pronto, y tu mirada
 sabe buscar detrás de sus almenas
 el pálido creciente de la luna.

Yo soy quien te inspirara ese cariño
 á esos viejos pilares, esos templos
 do en otro tiempo caballeros jóvenes,
 por tres noches seguidas y rezando,
 velando estaban sus pesadas armas,
 esos viejos palacios donde á veces
 un poeta dormido despertóse
 al sentir en sus labios entreabiertos
 posarse el dulce beso de una reina.

Volvámonos. El cielo va cubriéndose
 de sombras; se destaca sobre el lago
 el esquife que aguarda nuestra vuelta;